

Los que no Aman la Tierra

El punto ciego de la sociovisión de ciertos agricultores estadounidenses.

Por Alicia IWANSKA. Investigadora Asociada de la Universidad de Chicago, Estados Unidos de América.—Colaboración especial para la Revista Mexicana de Sociología.

Los trabajadores sociales, los agentes de la Extensión Agrícola, aun los políticos norteamericanos, están preocupados con la cuestión de si todavía existe o no el fenómeno social de la comunidad en los Estados Unidos de hoy. La comunidad en el sentido tradicional, es un grupo de gente que ocupa el mismo terreno, comparte las mismas aspiraciones e intereses y participa en las mismas actividades, sintiendo orgullos, cariños y temores semejantes y unidos por un fuerte sentido de lealtad.

Aunque muy individualistas e independientes, los primeros norteamericanos no hubieran podido establecerse en esta tierra sin actitudes comunales. La mayoría de los norteamericanos no tan solo en el ambiente rural, sino también los urbanos, han vivido por muchas décadas en comunidades y vecindades bien integradas. El valor de la vida comunal ha entrado profundamente en la cultura norteamericana y las nostalgias de la comunidad se encuentran aún entre los norteamericanos que viven en las ciudades más grandes e impersonales del mundo.

Se oye frecuentemente el lamento de que el fenómeno de la comunidad ha desaparecido no solamente de las ciudades norteamericanas, sino de los pueblos rurales también —que los norteamericanos de hoy viven en familias chicas, pero no en comunidad. Que la industrializa-

ción, la urbanización y la movilidad constante, han destruido las comunidades norteamericanas.

Los sociólogos tratan de determinar el grado de la desintegración y de la persistencia de la comunidad norteamericana, presentándonos sus estadísticas enormes sobre todos los variables imaginables y sus correlaciones de todo con todo. Y sus hermanos, menos "científicos", los antropólogos sociales, enfocan sus preguntas de un modo distinto. Si la comunidad ya desapareció o bien está desapareciendo de la vida norteamericana, preguntan, ¿cuál es la forma de su desintegración? ¿Qué nuevos elementos culturales nacen de esta desintegración? ¿Cuáles son las características de la nueva integración?

Y se hacen otras preguntas, todavía más amplias. ¿Es la desintegración de la comunidad una consecuencia inevitable de la industrialización por sí? o ¿es, tal vez, una consecuencia de la mezcla de las actitudes industriales con las actitudes culturales? ¿Cuáles son estas actitudes culturales que, combinadas con las actitudes industriales producen la desintegración de la comunidad? ¿En qué sentido es la industrialización norteamericana distinta de las industrializaciones inglesa, francesa, china o mexicana? ¿Desaparecen o no las comunidades y las vecindades en estos países bajo la influencia de la industrialización?

Estas preguntas me preocupaban durante mis estudios de los rancheros norteamericanos hace unos años.¹ Y estas preguntas van a resurgir en la siguiente descripción de algunos conceptos de la agricultura de Gwenburg² y de la concepción de la vida de los agricultores gwenburguanos.

Gwenburg es un pueblo rural de 1 000 habitantes situado en la parte occidental, plana y árida del Estado de Washington, uno de los más bonitos Estados del *Oeste* norteamericano. Pero no fue por esta belleza árida, tan contrastante con la nebulosa de las sierras boscosas del Oeste del Estado, por lo que me decidí a seleccionar a Gwenburg para mis estudios de los rancheros norteamericanos. Me interesaba observar la vida de ellos, posiblemente los más especializados, industrializados y ricos del mundo, porque viven en un tierra muy inhospitalaria para la agricultura; tierra casi sin agua, tierra de vientos fuertes y polvosos.

¹ Mis investigaciones (proyecto número 1298), en las cuales este ensayo está basado, fueron conducidas en los años 1956/57, bajo la beca de la Kellogg Foundation y dentro del cuadro de las investigaciones sociológicas del Department of Rural Sociology de Washington State University, Pullman, Washington.

² Este nombre es un seudónimo como casi todos los otros nombres y apellidos que aparecen en este ensayo.

¿Cuál es la estructura social de un lugar tan industrializado y cuáles fueron los procesos sociales que la han producido? me pregunté, recordando a los pueblos tan diferentes que había conocido íntimamente, los pueblos de Polonia, mi país nativo. Y, ¿cuál es el concepto de la vida, de un agricultor tan especializado, tan rico?

Siguiendo la tradición norteamericana establecida en los tiempos coloniales, la mayoría de los rancheros de Gwenburg está viviendo en ranchos dispersos que parecerían sin duda muy solitarios y tristes a los campesinos europeos o latinoamericanos, acostumbrados a la vida en comunidad. Dos tipos principales de agricultura se encuentran en Gwenburg: el cultivo del trigo, tradicional en las regiones montañosas y los cultivos más recientes de lúpulos, uvas, menta y espárragos, en las tierras bajas de riego. Hay dos, tres millas y de vez en cuando hasta veinte, que separan las casas de un rancho de las de otro. Todos tienen por lo menos, un carro por familia y se dirigen a Gwenburg, su "service town" (pueblo de servicio) para algunas compras en seis tiendas establecidas allí. Pero, si así lo quieren van a otros pueblos más lejanos. Con tantos carros y tantos caminos buenos, no les importa la distancia y es siempre más agradable ir a un pueblo un poco más grande, que tenga un cine o un restaurante bueno. Y sobre todo, es importante cambiar —ir una vez aquí y otra vez allá—; el cambio es bueno de por sí, como elemento esencial del estilo de vida de casi todos los norteamericanos.

Los únicos habitantes de los ranchos que viajan todos los días a Gwenburg son los niños, pues allí está la escuela. Los autobuses escolares hacen sus rondas diarias para llevar a los alumnos y regresarlos a sus casas después de la clase. Y como las distancias son ya importantes, algunos niños pasan hasta cuatro horas diarias en estos viajes.

Aquí en Gwenburg como en muchos otros lugares rurales norteamericanos la escuela es un verdadero centro, y tal vez el único de la vida comunal. En otros pueblos o ciudades más grandes que Gwenburg, hay muchas iglesias, bancos y tiendas. Las asociaciones agrícolas se reúnen en las ciudades y los mítines locales no cuentan; las organizaciones sociales (clubes y organizaciones de iglesia, etc.) se juntan en las casas más amplias de los ranchos. ¡Pero la escuela es única! Todos los niños del distrito escolar tienen que ir a las clases hasta la edad de 16 años. Y como la PTA (asociación de padres y profesores) se reúne siempre en la escuela, es necesario viajar a Gwenburg para presenciar estas reuniones. Además, los niños tienen numerosas actividades extraescolares y hay que llevarlos a Gwenburg en las tardes. Todavía más tarde, tienen los juegos de pelota en el estadio de la escuela.

“¿Qué pasaría con nuestros niños sin estos juegos de baseball y football?: Se volverían, sin duda, delincuentes sin estas válvulas de escape a sus energías!” Comentan las madres.

Casi todos los rancheros del municipio de Gwenburg viven en sus ranchos particulares; muchos entre ellos tienen también otras casas en la población. Un día, ya jubilados, van a vivir en estas casas, pero, mientras tanto, las alquilan o simplemente las guardan vacías, si no hay nadie a quien rentarlas. Tres o cuatro familias de los rancheros más ricos, actualmente viven en Gwenburg en unas casas muy elegantes. Allí viven también los exrancheros, la gente más pobre, que no puede seguir la corriente de la industrialización y la necesidad de competir con los ya industrializados. Ha sido obligada a vender sus terrenos a los más afortunados, a los “más listos”, como dicen los gwenburgianos. Estos exrancheros hacen trabajos ocasionales en el pueblo, y de vez en cuando prestan servicios de estancia en los ranchos y fincas de los agricultores “who made it”, es decir (que han tenido más éxito). Vale la pena notar que los exrancheros no critican casi nunca a los rancheros ricos. Al contrario: el éxito de éstos es admirado en Gwenburg aún por los arruinados. “Ellos saben cómo seguir el progreso” —dicen los pobres— “es el único modo en nuestros tiempos... esta gente es lista y está bien relacionada!”

Al lado de los rancheros ricos y de los exrancheros pobres, viven en Gwenburg las familias de los propietarios y empleados de tiendas, los profesores, una docena de empleados del Banco, dos pastores de las dos iglesias protestantes con sus familias, y, finalmente, un grupo bastante numeroso de trabajadores mexicanos.

La mayoría de los mexicanos viven en cuartos de madera cerca de la enorme finca donde trabajan. Los otros viven por todos lados del pueblo en casitas alquiladas. Muchos se alojan nada más en los camiones que los trajeron. Excepto algunos mexicanos de México,³ que en apariencia han llegado ilegalmente al país, todos los otros son ciudadanos norteamericanos de los Estados de Nuevo México o Arizona, que llegan cada año a Gwenburg a hacer los trabajos de temporada.

Sin distinción entre los mexicanos de México y los de los Estados Unidos, todo este grupo es tratado por los habitantes de Gwenburg del mismo modo. Son igualmente explotados con respecto a los sueldos y las condiciones del trabajo e igualmente son excluidos de todas las actividades sociales. Aún durante el Día de la Comunidad, que es la

³ Se dice así, en oposición a los que nacieron, de ascendientes mexicanos, en Estados Unidos.

fiesta principal de Gwenburg, celebrado por todos los habitantes en el parque principal, se encuentra a los habitantes de Gwenburg separados de los mexicanos. Además, unos gwenburgianos no llegan al parque “por la presencia de todos estos mexicanos, que han creado el más grave problema social alquilando y aún comprando las casas en Gwenburg”. Al mismo tiempo, los mexicanos son considerados por los gwenburgianos como “muy útiles” y se dice frecuentemente que los rancheños no podrían hacer sus cosechas sin la ayuda de los trabajadores mexicanos. ¡Son útiles, pero deberían ser invisibles! Esta parece ser la actitud de los habitantes de Gwenburg. Los critican porque hablan español entre ellos, porque comen en los restaurantes mexicanos (que también deberían ser invisibles para no ofender el deseo de uniformidad tan fuerte en Gwenburg); los critican, porque no pintan sus casas, porque tienen trajes distintos, porque “prefieren gastar su dinero en lugar de ahorrarlo como se hace aquí”, porque “son peligrosos para nuestras mujeres”, porque bailan, se ríen, van a la iglesia católica, etcétera.

Después de estos lamentos, los habitantes de Gwenburg siempre agregan con énfasis que “nunca, nunca considerarían a los mexicanos como a los negros”, porque “ellos son blancos, son de la misma raza que nosotros”, —dicen— “como los indios de aquí, que son blancos también y por eso son iguales a nosotros. Y luego que estos mexicanos aprendan inglés, empiecen a pintar sus casas, a vestir y comer como nosotros, los aceptaremos sin titubear en nuestras casas, como todos hemos aceptado al señor González” Se debería agregar que el señor González es un enganchador rico de Arizona que ha ganado mucho dinero llevando a los trabajadores mexicanos a Gwenburg en sus camiones, y que, ahora está viviendo en una casa lujosa en la ciudad cercana.

Los indios Pokipo, que viven en la reservación cercana (también considerados como “iguales” porque “pertenecen a la misma raza blanca”), no son “un problema social” para los gwenburgianos, como lo son los trabajadores mexicanos. No se los ve mucho en Gwenburg a donde llegan solamente de vez en cuando para las compras, y casi nunca se alquilan como trabajadores de campo. Es verdad que “viven como animales”, que sus hombres llevan trenzas y que viven con tres o cuatro mujeres a un mismo tiempo, pero... “como viven fuera de la comunidad, esto no molesta a nadie” Al contrario su presencia es “una atracción muy grande, y es siempre buena para el desarrollo del pueblo”

Aparte de estos dos grupos distintos —los mexicanos y los indios

Pokipo— los habitantes de Gwenburg y sus alrededores rurales son “tan puros norteamericanos” como es posible serlo. Excepto dos familias católicas de origen canadiense-francés, todos los gwenburgianos son anglosajones puros, protestantes, y por lo menos de la tercera generación nacida en Estados Unidos.

Aunque solamente una minoría de los gwenburgianos va regularmente a la iglesia, porque se consideran “God fearing people” (gente temerosa de Dios), todos son “buenos cristianos” y sin duda para todos la palabra “ateísmo” es sinónimo de “comunismo”.

Una parte de los rancheros, los de las enormes fincas de trigo de los cerros de Grand Pasture, viven aquí desde el principio. Ellos son los descendientes de los primeros habitantes de esta parte del Estado, de los “precursores” que vinieron aquí poco después de la terminación de la línea del ferrocarril Northern Pacific en 1883. Gwenburg, como todos los otros pueblos igualmente “antiguos”, fue construido al lado del ferrocarril.

Pero la mayoría de los rancheros, los cultivadores de legumbres de las tierras bajas del valle han venido aquí (gran parte de ellos, de los Estados del centro), mucho más tarde —hace de 15 a 30 años en promedio— y otros nuevos están llegando todavía.

Las fincas de trigo de 800 a 1 200 hs. cada una, en general son poseídas por dos socios, un padre y su hijo, o dos hermanos, y el cultivo se combina con la cría de ganado. Uno de los socios se ocupa generalmente del trigo, el otro se especializa en el ganado, pero, durante las cosechas, los dos (con ayuda de no más de cuatro o cinco hombres) trabajan juntos manejando sus máquinas agrícolas enormes, sobre los cerros amarillos.

Los cultivos de legumbres, situados en las tierras bajas fuertemente irrigadas, son más chicos que las fincas de trigo, teniendo solamente un promedio de 16 hs. Pero la tierra aquí necesita irrigación constante, fertilizantes costosos y, sobre todo, necesita una gran habilidad de parte de sus propietarios. Los cultivadores de espárragos y de menta (los productos principales de las tierras bajas de Gwenburg) no podrían ni producir ni vender sus productos sin un buen conocimiento de las más modernas técnicas agrícolas, sin una buena orientación en el mercado nacional y tal vez internacional, y finalmente... sin algún talento en “las relaciones personales”, para establecer los contactos necesarios con las élites que dominan los mercados, los créditos y la información agrícola y comercial. Lo mismo vale para los más grandes y menos numerosos ranchos de lúpulo y de uvas.

En este tipo de agricultura, la actitud campesina tradicional, un

cariño profundo y un conocimiento íntimo de su tierra, de sus árboles, plantas y animales, la persistencia frente a las dificultades, la paciencia y la serenidad, parece no ayudar mucho. Al contrario, todas estas actitudes tradicionales estorban al agricultor moderno especializado. Los agricultores tradicionales, acostumbrados a la agricultura diversificada, a las técnicas de antes de la guerra y, sobre todo, al mundo “anticuado” de los años '30, no pueden acomodarse en Gwenburg. Aquí se necesita un hombre de ciencia combinado con un hombre de negocios. Algunos de los rancheros más acaudalados de Gwenburg llegaron aquí durante la guerra, de Chicago, New York y Detroit, para trabajar en la planta atómica cercana, y, después de la guerra, han entrado en la “industria agrícola”, como se acostumbra denominarla aquí. Esta gente urbana poseía todas las aptitudes necesarias para tener éxito sembrando menta, espárragos, uvas, lúpulo, etc. No se interesaban en las plantas, pájaros y animales del desierto del cual han reclamado sus tierras agrícolas. Ahora viven en sus fincas como si vivieran en sus departamentos de Nueva York y no se interesan ni en los productos de sus vecinos. “Para mí el olor más dulce es el olor de la menta” me dijo su cultivador; “aún el olor de su fermentación no me molesta, pues para mí este es el olor del dinero” Esta actitud puramente mercantil hacia la tierra, tan fuerte entre los agricultores más acomodados de las tierras bajas, está influyendo rápidamente en los agricultores de trigo —los hijos y los nietos de los “precursores” orgullosos del Estado de Washington. “No me importa el lugar donde vivo” —dice el agricultor especializado en uvas o en espárragos. “Ahora estoy aquí en Gwenburg, pero si mañana llego a saber que las condiciones del cultivo están siendo mejores en el Estado de Michigan, para allá me voy. ¡Así somos en los Estados Unidos! No nos importan los lugares, no cuentan las distancias, estamos acostumbrados a vivir en todos lados”.

“Solamente un idiota vendería en este momento su tierra triguera que está subiendo de precio cada día más” —exclamó un finquero de trigo hablando de sus bellos cerros amarillos heredados del abuelo paterno. “Si algún día se estabiliza el precio, voy a vender mi tierra ¿por qué no? Entonces sería un idiota el que no la vendiera. ” No obstante, parece que para los finqueros de trigo nunca llega este momento oportuno para cambiar en dinero sus heredados cerros. Nunca venden sus tierras. Están orgullosos de poseerlas y les tienen un cariño verdadero, aunque lo ocultan profundamente bajo los valores materialistas de la economía superdesarrollada.

Al mismo tiempo, estos herederos parecen convencidos de que no había nada accidental de su parte en la decisión de volverse agriculto-

res. Sin embargo, la tierra heredada y la ocupación de sus padres o abuelos no tuvo nunca conexión con su "preferencia ocupacional". La única consideración que los había guiado, dicen que fue la misma consideración material suprema que guía, según ellos, todas las decisiones de toda la gente civilizada. "Nos decidimos a ser agricultores de trigo, porque aquí está el dinero" —dicen en contra de todas las estadísticas nacionales. (Esta generalización se puede hacer solamente a los ricos que heredaron de sus padres fincas enormes y bien establecidas, bien equipadas con maquinaria agrícola, capital y crédito). "Si hubiéramos sabido que se puede ganar más dinero enseñando en la escuela, nos hubiésemos decidido a ser profesores. . . Si se pudiera ganar más dinero en las fábricas, allí estaríamos. . ." Siguen diciendo. "Solamente los locos se hubieran decidido a trabajar al aire libre, habiendo podido ganar el mismo dinero bajo techo."

¡De veras, tal y como en primavera parece que se mira cómo va creciendo el trigo verdísimo, aquí, en estas enormes heredades, poseídas por gente sencilla, honorable y simpática, se ve cómo crece este mito capitalista de las motivaciones humanas eminentemente materialistas!

Pero, ¡quién sabe! No es posible que estas frases tan "míticas" aquí, en las fincas trigueras, sean al mismo tiempo míticas y verdaderas y representen las motivaciones auténticas de los finqueros nuevos de las tierras bajas. No es imposible que ellos de veras vendieran inmediatamente sus tierras y se decidieran a empezar cualquier otro negocio, rentable en cualquier parte del mundo, si un día bajara el precio de sus productos.

Pero, el motivo de la ganancia no es el único que acentúan los rancheros de Gwenburg de las ventajas de trabajo agrícola: "Es un trabajo verdaderamente independiente" —dicen—, como hubieran podido decir los rancheros norteamericanos descritos hace cien años por Tocqueville. "Aquí trabajamos por nuestra cuenta, mientras que en fábricas y oficinas hubiéramos trabajado con salario y bajo el mando de jefes. Aquí somos nuestros propios jefes y nadie puede decirnos nada."

En la realidad sí tienen jefes los agricultores gwenburgianos, aunque menos visibles que los de las fábricas y oficinas, pues los precios del trigo son controlados por el gobierno federal y sin el permiso del gobierno no se podría cultivar el trigo; sin contrato con el gobierno no se podría vender tampoco. La dependencia de los rancheros de las tierras bajas, aunque éstas sean muy diferentes, no es menos fuerte. Allí, gran parte de la agricultura irrigada está bajo subsidios del gobierno; sin subsidio no hubiera sido posible cambiar estas tierras áridas en terrenos productivos. Numerosos rancheros de tierras bajas y todos los trigueros

dependen, entonces, bastante directamente, del Gobierno Federal. Sin su ayuda, no sería posible el éxito. Pero, el depender de alguien en cualquier forma, y especialmente el depender del gobierno, es todavía considerado como la cosa más humillante para la mayoría de los ricos de Gwenburg y todos, todos, aun la gente no agrícola, —los ex agricultores y comerciantes— parecen obrar juntos para ocultar estas dos dependencias esenciales de la agricultura de Gwenburg.

En la neblina de estas ocultaciones luce intacto el gran “Sueño norteamericano” (*American Dream*) del esfuerzo individual, el trabajo duro, la independencia completa, y el bien merecido gran éxito.

Los agricultores con contratos y subsidios del Gobierno, los rancheiros asegurados, los cultivadores de legumbres organizados en las asociaciones nacionales, aún aquellos mismos que hablan tanto de la importancia de las conexiones personales para conseguir el buen éxito —todos ellos parecen creer en su independencia y en el valor del esfuerzo personal hacia un gran éxito... “La agricultura es un gran riesgo en estos tiempos” —dicen— “es un verdadero juego: de un día a otro se puede perder todo. Se necesita mucho valor para ser agricultor”, dicen con orgullo. Pero, este peligro aparente de “perder todo” hay que interpretarlo simplemente como la incertidumbre con respecto al provecho sustantivo. De vez en cuando, se puede ganar mucho, y de vez en cuando se gana solamente un poco. En realidad, las posibilidades de las ganancias enormes no existen para los agricultores de Gwenburg (por lo menos después de diez años); las posibilidades de bancarrota completa no existen para ellos tampoco. Lo único que existe es una actitud, un valor, una parte importante del “Sueño norteamericano” En realidad, nuestros gwenburgianos parecen estar mucho más preocupados con la seguridad (como lo están abiertamente casi todos los norteamericanos contemporáneos de clase media), que con las jugadas peligrosas y provechosas. Todos están bien asegurados y la mayoría de los rancheiros de tierras bajas cultivan dos productos (por ejemplo, la menta y el espárrago) en lugar de uno, para asegurarse el provecho en el caso de no tener el éxito esperado en uno de ellos. Es una cosa curiosa y muy humana, de un lado la fe tradicional en el poder grande del esfuerzo individual; del otro lado, la convicción que uno no puede establecerse en la agricultura, sin un capital sustancial y sin conexiones. Se habla en voz alta del trabajo duro y del esfuerzo individual, pero, en otro cuarto, se habla en voz baja de los contactos personales y de cómo puede uno, aun sin capital, volverse agricultor por medio de esos contactos; cómo uno puede “meterse” a la agricultura” (*to sneak into agriculture*), como dicen los gwenburgianos.

Muchos rancheros chicos, que empezaron sin capital suficiente y no tuvieron el éxito deseado, todavía esperan “hacerlo” “metiéndose a la agricultura” con ayuda de la educación práctica, pero bastante intensa en las técnicas agrícolas modernas. Actualmente muchos, dentro de los rancheros acomodados de Gwenburg, “se metieron en la agricultura” como lo describen ellos mismos, con muy poco dinero o sin dinero, durante los años de después de la Segunda Guerra Mundial. Algunos de ellos trabajaron con buenos salarios durante cinco o seis años para rancheros competentes y establecidos; allí aprendieron las técnicas modernas y al fin acabaron por comprar el rancho en que trabajaban. Los otros, bien pagados también, trabajaban en las fincas de compañías comerciales en puestos de caporales o gerentes; allí aprendieron los secretos de la “industria agrícola” y después, cuando la compañía decidió vender su finca, tuvieron la prioridad para comprar las parcelas. Así se establecieron como rancheros independientes y herederos afortunados de los contactos importantes de la compañía.

Aunque hay en Gwenburg muchos graduados de los colegios agrícolas, los gwenburgianos parecen convencidos de que la educación individual intensa es mucho mejor que la educación académica para una provechosa carrera de agricultura; “es mejor porque es menos teórica” —dicen. Los agricultores de Gwenburg tratan de aprender las cosas importantes para su agricultura de todas las fuentes posibles. Las buscan en las publicaciones agrícolas, en la propaganda de la televisión, tratan de conseguirlos de los vendedores de maquinaria agrícola, de los distribuidores de fertilizantes, de las Estaciones de Extensión Agrícola, de las frecuentes conferencias y de los informes de los Congresos Agrícolas; de las conversaciones con vecinos, con los agentes del municipio, con los expertos de la conservación del suelo, con los ingenieros de las obras de irrigación, etc. El agricultor gwenburgiano absorbe, con una verdadera voracidad, toda la ciencia nueva que parece pertinente a su cultivo especial. “La ciencia pertinente”, esta es la frase propia —porque al mismo tiempo, al agricultor no le interesa nada que no le parezca pertinente a sus problemas agrícolas! Si se busca la curiosidad desinteresada en los fenómenos de la naturaleza, es mucho más fácil encontrarla entre los campesinos no especializados y pobres de Polonia o entre los Indios de las tierras mexicanas, que entre estos cultivadores ricos y especializados. La curiosidad desinteresada no nace de estas preocupaciones por la ciencia pertinente a la industria agrícola!

¡La obsesión por la tecnología y la ciencia pertinentes parece bien establecida en la cultura local de Gwenburg y sin duda no ha venido

aquí solamente con la llegada de la industria agrícola! Los niños del primer año de la Primaria aprenden mucho sobre los componentes nutritivos de varios alimentos, y todas las organizaciones infantiles y juveniles (*Blue Birds, Boy Scouts, Future Farmers of America, etc.*) tratan de desarrollar el interés práctico y operante en el ambiente inmediato del niño, ignorando casi totalmente los aspectos estéticos, humanísticos o simplemente teóricos de los problemas.

La creencia protestante (tan bien descrita por Max Weber en su "Ética protestante y el espíritu capitalista") de que un buen cristiano, a consecuencia de sus virtudes típicas, va a ser un día, con la ayuda de Dios, un hombre de éxito financiero, —es seguramente corriente en Gwenburg. Y, al lado de esta fe tradicional puritana, se pueden observar creencias tecnológicas suplementarias y ardientes: las creencias en la excelencia de las más modernas y nuevas maquinarias agrícolas, los novísimos aparatos de cocina; los televisores más recientes, los carros más grandes, los deodorizantes perfeccionados. Todas las maquinarias y productos nuevos son "adorados" verdaderamente en Gwenburg por medio de las numerosas reuniones de demostración de varias compañías industriales, combinadas con las recepciones sociales en las casas particulares y con la venta de los productos propagados. Las mujeres de Gwenburg son las receptoras más agradecidas, las compradoras más entusiastas de los productos nuevos de estas "ventas-adoraciones". Con un gusto muy grande, ofrecen sus casas para estas ventas, preparan las meriendas para las participantes y la mesa especial para la demostradora. La demostradora, por lo general una mujer bien conservada y vestida a la última moda, llega con una maleta de productos de demostración (cosméticos, equipos de cocina y de casa, cosas para niños, etc.) y con una cantidad enorme de regalos y precios. Se distribuyen regalos a la entrada y se dan los mejores a la anfitriona; se distribuyen las muestras de productos; se organizan varios juegos sociales ofreciendo como premio cuchillos y tenedores de mesa, maquinitas eléctricas de todos tipos, perfumes y, siempre, dos o tres ejemplares de la Biblia.

En el tiempo que media entre los juegos y la merienda, la demostradora enseña los productos y los describe, por lo general, con un modo bastante solemne: la voz muy baja y una indiferencia ostentosa, como si no se le ocurriera la relación de estas oraciones casi religiosas con las ventas de productos. Pero, estas oraciones se interrumpen con los ardientes "testimonios técnicos" de las mujeres presentes, que realmente ya habían probado el deodorante mencionado o una maquinita nueva para lavar las ventanas. Se ponen de pie y hablan de sus experiencias

técnicas con verdadera fe y emoción. Parecen de veras como creyentes de las iglesias protestantes, relatando las experiencias espirituales en sus testimonios. Las otras mujeres las miran fascinadas. Después de unos tres o cuatro testimonios de este tipo, la vendedora, discretamente, distribuye los pedidos, que llenan “las creyentes” y las “nuevas convertidas”. Se toman de nuevo los refrescos y sigue la última distribución de los regalitos de despedida.

El habitante de Gwenburg —ranchero o no ranchero— no se da cuenta, parece, de ninguna conexión entre los productos de las tierras gwenburgianas y los alimentos comprados en las tiendas locales o supermercados. En sus casas se come del mismo modo que en cualquier ciudad norteamericana. Los rancheros que obtienen espárragos no los comen, casi nunca, frescos, pues compran sus legumbres congeladas, su leche, su pan rebanado en bolsas de plástico, cereales, y de vez en cuando aun la leche en polvo, que se dice “más saludable, más barata y más práctica”. Y en las tiendas locales, los comerciantes se asustarían, como seguramente se asustaría el capataz de una planta eléctrica si se le pidiera vender una docena de “focos frescos” para la comida de hoy.

De vez en cuando se encuentran jardines con flores cerca de las casas gwenburgianas, pero casi nunca se ven hortalizas. No vale la pena sembrarlas “como aparentemente lo hacen los europeos poco civilizados”, porque aquí se compran en las tiendas las legumbres de Michigan, los pescados de New England y las toronjas de Texas, y “la distancia no importa”.

Al mismo tiempo los gwenburgianos están muy orgullosos de la productividad de esta parte del Estado de Washington, “una de las más productivas regiones del Imperio Interior” —dicen. Ellos son industriales poderosos y su agricultura es como cualquier otra industria de la nación, sus fincas son como las plantas de acero, como las minas de cobre. Escriben los periódicos y hablan los televisores de su famoso “Imperio Interior”, un ejemplo perfecto de la agricultura moderna para el mundo.

Pero esta actitud del orgullo industrial no hace a los agricultores de Gwenburg considerarse los abastecedores de la nación (*feeders of the nation*) como se consideraban sus antepasados. Al contrario, casi nunca los aspectos alimenticios de sus productos se hacen notar. Y esto parece bastante natural en una agricultura tan especializada. No se podría vivir de cerveza sola o de lúpulo solo —los productos principales de ciertos ranchos. No se puede comer menta y no se puede vivir de los aceites o dulces medicinales que se producen. Aun las uvas de Gwenburg no podrían ser vendidas en las tiendas —como dicen las gwenbur-

gianos. En realidad estas uvas no son comestibles, la única cosa que se puede hacer con ellas es una especie de mermelada, por lo que se venden a una compañía de Boston.

La exclusividad de los productos locales vale mucho más que sus calidades alimenticias para los gwenburgianos. A mi llegada a Gwenburg me informaron de la existencia de un rancho de gobierno muy especial: el de las frambuesas negras, que se usan únicamente... para producir una tinta muy negra que sirve para marcar la ropa. "Y aunque usted quisiera pagar muchísimo dinero, no podría, nunca, comprar aquí estas frambuesas", comentó uno de los rancheros.

Aunque de vez en cuando se oye el lamento de que "los agricultores, a diferencia de otros productores, no tienen voz en la fijación de los precios de sus propios productos", —la identificación de los de Gwenburg con el mundo de los negocios (business world) parece mucho más fuerte que su identificación con los menos especializados de otras partes de los Estados Unidos. "Ahora —dicen— no estamos todavía bien organizados como lo están las otras industrias y esto por nuestra propia culpa. Pero pronto llegará el día en que nosotros controlaremos los precios de nuestros productos, por medio de nuestras asociaciones."

La distribución entre "la gente de la ciudad" y "la gente del campo" nunca se hace en Gwenburg como se hacía seguramente en el pasado y como todavía es corriente en partes menos industrializadas y prósperas de los Estados Unidos. Pues la gente de Gwenburg se considera y es "gente de la ciudad" en casi todos los sentidos de esta expresión.

La distinción corriente es Gwenburg entre "la gente que trabaja por su propia cuenta" y "la gente que trabaja para los otros".

Por ejemplo, los inspectores agrícolas del Estado trabajan bajo salario y los rancheros de Gwenburg tienen una actitud bastante desdeñosa hacia ellos. "Si no nos gusta algún inspector, escribimos una queja a las autoridades del Estado y nos mandan otro inspector", dicen.

La actitud de los granjeros gwenburgianos hacia los trabajadores agrícolas (permanentes o de sazón, mexicanos o norteamericanos, adultos o niños de las escuela, conocidos o miembros de su propia familia), sigue aproximadamente el modelo muy impersonal de las relaciones entre propietario y empleados de una fábrica, o entre los vendedores y compradores de los supermercados. A todos se pagan sus sueldos a tiempo y con nadie se habla mucho. Aun a los miembros de las familias (las esposas, hijos, sobrinos), si ayudan en las labores intensivas del rancho, se les pagan "exactamente los mismos sueldos que reciben todos los otros trabajadores por el mismo trabajo", —dicen los gwenburgianos

con mucho orgullo. Algunos pequeños agricultores que “hacen a sus hijos trabajar sin sueldos” son muy criticados por los gwenburgianos. Los padres, muy avergonzados bajo estas críticas, tratan entonces de justificarse explicando que sus hijos “en realidad son pagados como todos los otros niños gwenburgianos. . . se les paga sin dinero. . . se les paga comprándole ropa, o cubriendo su educación universitaria”.

Al lado de la distinción entre “la gente que trabaja por su propia cuenta” y aquellas “que trabajan para otros”, la segunda distinción social importante empezó a surgir en Gwenburg probablemente con la aparición de la agricultura industrializada y especializada. Me refiero a la distinción entre los agricultores grandes y los pequeños (los dos igualmente especializados). Solamente los grandes, bien establecidos y ricos pueden comprar maquinaria agrícola costosa; en consecuencia sus precios son elevados y fijos, y su ayuda es esencial a los pequeños rancheros. El señor Button, semi-millonario, propietario de una finca enorme de uvas, cosecha las de todos los rancheros más pequeños, no solamente de Gwenburg sino de toda la región. El agricultor pequeño siempre resiente mucho los precios de esta ayuda indispensable y espera que un día podrá comprar su propia maquinaria. Para ahorrar dinero para comprarla, de vez en cuando, aún el que “trabaja por su propia cuenta”, se decide a trabajar ocasionalmente para otros, si le pagan sueldos buenos.

Pero las máquinas grandes están tan costosas y el crédito tan difícil de conseguir para un agricultor pequeño, que estas esperanzas frecuentemente mueren con el tiempo, entonces piensa que tal vez será mejor vender su rancho de una vez, trabajar con sueldo unos años y después comprarse otro rancho con todas las máquinas necesarias.

Las compras colectivas de maquinaria no se acostumbran en Gwenburg como no se acostumbran aun los préstamos menores para compras de aparatos agrícolas, o del equipo de cocina, entre los vecinos. ¡Por esto los agricultores de Gwenburg son demasiado independientes e individualistas! ¡Si se les pregunta por qué no compran alguna máquina junto con sus vecinos parecen asombrados hasta el silencio. Una idea tan rara probablemente nunca ha llegado a su mente!

El sueño de la expansión individual está mezclado en Gwenburg con el de la expansión nacional, o mejor dicho, universal, ya que por tales sueños los Estados Unidos son más un *avant-garde* glorioso del progreso mundial, que una nación limitada por las fronteras políticas. La carretera nueva, superhighway, va a pasar pronto por Gwenburg y con ella vendrán aquí varias industrias, un gran movimiento turístico, moteles, restaurantes, aviones, tiendas, y nuevas empresas agrícolas re-

clamando los restos de las tierras áridas. Qué lugar tan glorioso será Gwenburg para vivir! No importan las tempestades polvosas y los veranos demasiados secos y calurosos. Con las técnicas modernas y con dinero, todo ésto se puede controlar y cambiar como se ha cambiado esta tierra árida. Cuando los gwenburgianos se encuentren, se puede adivinar bien que van a hablar de esta expansión de Gwenburg: de las albercas nuevas, del aeropuerto futuro, de negocios que van a llegar aquí. . . .

Al lado de este sueño de grandeza existe, no obstante, también el otro sueño importante entre los gwenburgianos, el de la intimidad comunal —de la pequeñez si se puede decir así. En los temas escritos en la escuela bajo el tópico “Qué cosa me gusta y qué no me gusta en mi pueblo”, los niños de Gwenburg han formulado bastante bien estos dos sueños: “Me gusta mi pueblo” escribió un niño de doce años, “porque es muy pequeño. Pero al mismo tiempo espero su progreso y expansión”. Los adultos expresan frecuentemente la misma actitud: les gustaría vivir en un pueblo suficientemente grande para permitir la industrialización ilimitada y la promesa realista del éxito material, y a la vez les gustaría vivir en un pueblo suficientemente chico para permitir los contactos con los otros habitantes.

Parece que no hay conflicto entre estos dos sueños en la mente del gwenburgiano mediano. No percibe la conexión entre la movilidad geográfica, la urbanización y la desintegración de la comunidad del estilo tradicional. Se oyen de vez en cuando los lamentos de los gwenburgianos viejos de que “la gente está ahora menos amable que antes”, que no visita a sus vecinos, que hace sus compras en las tiendas de las ciudades, y que todo esto es la consecuencia de tantos carros”. Pero al mismo tiempo se compran más y más carros, se viaja más y más lejos y se quiere la expansión de Gwenburg más y más.

Nunca he oído a un gwenburgiano hablar con cariño de los aspectos particulares y únicos de su pueblo. El gwenburgiano no piensa en las categorías de subjetivo, único, peculiar, personal. Su mentalidad es “universalizadora”. Si le gusta el clima de Gwenburg (y casi a todos les gusta mucho), el gwenburgiano va sin duda a argüir que los veranos secos con las noches frescas y los inviernos fríos son buenos por todo y para todos los pueblos; va a querer que toda la humanidad tenga lomerío y pretenderá derribar todos los árboles, tal vez con excepción de los árboles útiles de las huertas. “Los árboles” —dicen los gwenburgianos— “son inútiles ahora como protección contra el calor o el frío, puesto que ya sabemos construir calentadores y ventiladores tan buenos, que no nos importan los árboles”. Y cortan los pocos que quedan en Gwenburg especialmente los cercanos a sus casas. De vez en

cuando, en lugar de los árboles cortados se hacen, con la ayuda del decorador de una o de otra compañía, pequeños jardines japoneses, como última moda en esta parte del Estado. “Los árboles no son solamente inútiles sino también peligrosos” —siguen los gwenburgianos con su “anti-arbolismo”— “pueden caer durante la tempestad y además son muy insalubres porque mire usted todas estas hojas que caen sobre el suelo. ¡Qué suciedad! Y los peores son las acacias con sus flores tan sucias.

Un día, poco después de mi llegada a Gwenburg, pregunté —me acuerdo— a un cultivador de menta que todavía tenía unos árboles cerca de su casa, si conocía algunas leyendas del campo y le conté una leyenda polonesa de un aliso tembloroso. Se asombró mi interlocutor. “Aquí en los Estados Unidos no tenemos tales leyendas”, —me dijo— “pero si estas cosas le interesan, por qué no se va usted a la reservación de los Indios Pokipo, ellos también creen en tales cosas”.

Para el gwenburgiano la distinción entre Gwenburg y otros lugares del mundo es cuantitativa más que cualitativa ya que el mundo es concebido por él, más o menos al modelo de Gwenburg. Algunos pueblos y ciudades son mejores, porque tienen más de las mismas cosas que tiene Gwenburg: más tiendas y los ranchos más grandes, más albercas y más gente acomodada y bien relacionada.

Dos tipos de organizaciones locales se pueden distinguir en Gwenburg: Las puramente comunales y vecindarias —clubes de vecinas, de niñas de menos de doce años y de más de doce años, de las parejas recién casadas, de las viudas, de los solteros, de las madres, de los descendientes de los “precursores” de Gwenburg, etc.—, que están desapareciendo gradualmente, y las organizaciones con afiliación nacional y que generalmente se reúnen en las grandes ciudades del Estado o fuera de él, como las agrícolas, eclesiásticas, masónicas, las de los veteranos de las guerras, las juveniles de Boy Scouts, Future Farmers of America, 4H Clubs y muchas otras, que están sustituyendo a aquéllas.

Estos dos tipos de organizaciones reflejan, bien las dos aspiraciones principales de los gwenburgianos, que desean ser al mismo tiempo de tipo rural, sencillos, y urbanos industrializados, mundanos. . .

Es evidente que las organizaciones locales no pueden tener mucho éxito en su competencia con las “más interesantes”, nacionalmente afiliadas, que tienen sus reuniones en los hoteles elegantes de las ciudades, donde es posible divertirse mucho, aprender cosas útiles y relacionarse con gente poderosa.

La ausencia casi total en Gwenburg de organizaciones políticas o

semi-políticas, asombraría seguramente al visitante extraño acostumbrado a actividades tan animadas de la sociable gente de las ciudades.

Las estadísticas de la participación de los gwenburgianos en las elecciones presidenciales refleja también esta falta de interés en la política nacional, pues solamente el 40 por ciento de los gwenburgianos elegibles han votado en las elecciones presidenciales de 1956, bajo el promedio nacional. Pero tal vez no sea el caso de apatía, porque el mundo de los gwenburgianos, el mundo sin fronteras, no es el mundo nacional, sino más bien el mundo comercial, puesto que siendo miembros de asociaciones agrícolas poderosas —los gwenburgianos se sienten protegidos y representados por este universo de negocios y relaciones supranacionales—, allí votan durante las reuniones para elegir a sus representantes, allí participan, allí no se ve nunca su apatía.

Es interesante hacer notar aquí que en el mismo año, el 98 por ciento de los granjeros elegibles han votado en las elecciones presidenciales de Good Fortune⁴ un pueblo de agricultores pobres (de la parte occidental del mismo Estado) que no pertenecían a tantas organizaciones agrícolas nacionales.

Desde cualquier punto de vista que nos decidamos a mirar a Gwenburg “objetivamente, contando la frecuencia de las reuniones entre vecinos, o “subjetivamente”, observando las decisiones, las exclamaciones y las confidencias de los gwenburgianos —el fenómeno de la desintegración de la comunidad queda fuera de duda aquí. Gwenburg no es una comunidad rural, y no es aún una comunidad étnica urbana tampoco. Dentro del pueblo de Gwenburg, y socialmente invisible, —existe sin duda una sola comunidad en el sentido tradicional. La rechazada comunidad mexicana aún compuesta solamente por los trabajadores de “sazón” y sus familias. Una comunidad cerrada con su iglesia católica, sus restaurantes y sus fiestas; con las alegrías y temores comunes, con una lealtad y una intimidad insospechadas por los gwenburgianos. Si ellos pudieran observar esta comunidad, sus nostalgias comunales se acentuarían seguramente. Pero aún sin ello se observan bien las nostalgias comunales de los gwenburgianos tan urbanizados e industrializados. Y al lado de estos deseos de una vida más tranquila y más íntima, se ven más y más acciones “destranquilizadoras” de parte de los mismos gwenburgianos. No hay conflicto para ellos entre industrialización, urbanización, movilidad y los valores comunales. No per-

⁴ Véase mi estudio *Good Fortune: second chance community*, Bulletin N° 589, Washington Agricultural Experiment Stations, Institute of Agricultural Sciences.

ciben la conexión entre los dos. . . y siempre esperando un “happy end” siguen hundiéndose más y más profundamente en conflictos peligrosos.

El conflicto ciego entre lo urbano y lo rural no es el único en la vida de los gwenburgianos. El conflicto entre el valor de la igualdad y las actitudes y acciones discriminatorias hacia los trabajadores mexicanos, no es menos fuerte. El conflicto entre el universalismo ingenuo (bueno es bueno y malo es malo por todos lados), y el “provincialismo generalizado” (el mundo entero percibido al modelo de Gwenburg, o mejor, al modelo de los Estados Unidos es otro ejemplo). El conflicto rige también entre igualitarismo: (“aquí en Gwenburg no hay clases sociales —todos somos iguales como en otras partes de los Estados Unidos”) y las distinciones visibles del nivel material y las creaciones del estilo de vida. Y seguramente hay más conflictos de un tipo u otro.

No quiero decir que la presencia de estos conflictos, contradicciones y cegueras, sea únicamente norteamericana. Las culturas humanas pueden bien ser descritas por medio de la distinción entre sus cegueras respectivas; todas ellas tienen cegueras. Lo distintivo de los Estados Unidos con respecto a tales conflictos queda no en la cultura, sino en la estructura social.

En esta nación de expertos no hay según parece expertos en la clarificación de los conflictos de este tipo. “Clarificación”, debo decir exactamente no “solución”. Y tal vez no es posible que un experto los clasifique. Tal vez es exactamente el papel del non-experto sabio, de un individuo suficientemente educado y suficientemente “diletante” para no perder la perspectiva. Y suficientemente respetado en la sociedad para que se oigan sus clarificaciones. Faltan personas de este tipo en los Estados Unidos. No hay lugar para ellos en la estructura social, o tal vez ellos han perdido este lugar sin darse cuenta. . .

¿Es esta pérdida también la consecuencia de la industrialización extrema?

Y dejamos esta pregunta sin respuesta.